

PALABRA DE OSO #10

Diez gorditos

BOB FLESH



BBB
BIGBEARBOOKS

Fantasías animadas de ayer y hoy

Era un lujoso hotel junto al mar. Un hotel solo para adultos, quizá el mayor invento del nuevo milenio y que ya se había convertido en un requisito indispensable en sus vacaciones. Uno de sus pasatiempos favoritos era contemplar a orondos maridos semidesnudos y despatarrados junto a la piscina e imaginar la escasa o nula actividad sexual que les esperaba al volver a la habitación junto a sus desganadas esposas. Esos pobres padres de familia que por fin habían conseguido deshacerse de los niños unos días, que seguramente soñaban con unas vacaciones llenas de lujuria y desenfreno como en los viejos tiempos, pero cuyas esposas no buscaban más que descansar de la rutina y broncearse lo máximo posible para poder presumir al regresar a sus tristes vidas.

A Marc le daba pena ver a esos hombres ahogar su frustración en alcohol, totalmente ajenos a las miradas libidinosas de un joven que, pensaba él, podría enseñarles todo un universo desconocido lleno de placeres que ni siquiera imaginaban, que, al contrario que sus esposas, estaría encantado de hacerles ver la rotunda belleza de sus cuerpos y que estaba más que dispuesto a derribar todos los prejuicios adquiridos en torno a la inviolabilidad de sus años.

Se zambulló en la piscina y el agua fresca le relajó la entrepierna. Emergió por el otro extremo y se dirigió a la barra en busca de un par de cervezas bien frías.

Theodor prefería leer en la terraza de la habitación, pero a Marc le encantaba pasear por la playa al caer el sol. Mientras el cielo se teñía de increíbles tonos de rojo y púrpura, sus pies desnudos se hundían en la arena cálida buscando el frescor de la humedad subterránea. A esas horas apenas quedaban bañistas, así que el único sonido era el del suave romper de las olas contra la arena, un arrullo rítmico y placentero que invitaba a la reflexión y la ensoñación. Y mientras caminaba sumergido en sus reflexiones y ensoñaciones, Marc tomó conciencia de repente de la enorme distancia que había recorrido. Se giró y

vio a lo lejos la blanquecina silueta del hotel emergiendo entre la arena. Al frente, muchos más kilómetros de arena que se prolongaba desde el borde del mar hasta una gran extensión de dunas sin ninguna construcción alrededor. Un terreno casi lunar, salvaje y a merced de los caprichos del viento, que modelaba las dunas a su antojo de un día para otro.

El sol se había ocultado ya en el horizonte y un leve resplandor rojizo iluminaba el cielo y creaba un extraño juego de luces y sombras entre las grandes dunas. De pronto, Marc tuvo la clara sensación de que alguien le seguía. Se detuvo y se giró, pero la escasa luz solo le permitió percibir una figura difusa que parecía seguir sus pasos. Se sentó en la arena y esperó. Cuando la figura estuvo a su altura, sus miradas se encontraron y el hombre pronunció un “Buenas tardes” al que Marc respondió con otro “Buenas tardes” sin apartar la vista de su anatomía. Quizá fue solo su imaginación, pero Marc creyó ver que el hombre, uno de aquellos maridos carnosos y velludos que poblaban la piscina, con una barba entrecana y la piel enrojecida por el exceso de sol; le pareció a Marc que aquel espécimen, aquel magnífico ejemplar de osazo involuntario, casi se detenía junto a él. Pero no, el hombre siguió caminando, bamboleando sus rotundas posaderas bajo unas bermudas demasiado estrechas, marcando sus

redondeces bajo una camiseta de tirantes que dejaba al aire unos hombros cubiertos de pelambre oscura y unos antebrazos de camionero o de domador de leones. Y mientras se alejaba, el radar que Marc tenía instalado en la entrepierna no dejaba de emitir una señal clara y estridente: aquel marido no estaba en aquella playa a aquellas horas por casualidad.

Cuando vio que desviaba su rumbo para empezar a trepar hacia las dunas, Marc se puso en pie y siguió sus pasos. Intentando ser lo más discreto posible, vio a aquella figura zigzaguear entre los montículos, desaparecer en una hondonada para volver a aparecer un poco más adelante trepando torpemente por la arena. Hasta que, en un momento dado, desapareció. Marc siguió caminando, casi a oscuras y con poca esperanza de volver a ver a aquel pedazo de hombre, cuando tropezó contra algo y cayó de bruces sobre la arena. Un momento. Aquello era demasiado blando para ser arena. Y aquel montículo cálido y piloso era demasiado pequeño para ser una duna. Y entonces sintió unos poderosos brazos que le atraían, que le estrechaban contra aquel montículo que, ahora lo vio claro, no era sino la barriga del osazo al que perseguía.

La luna iluminó de pronto la hondonada y Marc se encontró a un palmo de su cara una sonrisa barbuda que le dijo:

—Somos los primeros.

Y acto seguido le descerrajó un beso húmedo y lascivo al que Marc, tras un momento de desconcierto, se sumó con igual o mayor lascivia. Sin separar sus labios de aquella boca carnosa, palpó bajo su cuerpo la carne abundante y caliente, recorrió los flancos de la barriga y al bajar más se dio cuenta de que las bermudas habían desaparecido. El hombre estaba completamente desnudo sobre la arena, y Marc hizo lo propio con un par de enérgicos movimientos. Ahora estaban en igualdad de condiciones, y al osazo le faltó tiempo para palpar entre las piernas de Marc y aferrar su polla, a esas alturas ya en plena forma y deseando acción. Dejó escapar un “Mmmmm” de aprobación y en un segundo ya la tenía en la boca y la chupaba con delectación. Disfrutando de la lengua y el esófago del hombrón, Marc se giró sobre sí mismo y buscó bajo la barriga peluda. Enseguida se dio de bruces con una polla regordeta y pellejuda, de escasa longitud pero sorprendente contundencia, que se metió en la boca sin perder tiempo. Movía sus caderas arriba y abajo sobre la boca del oso, que se dejaba follar la garganta resoplando pero sin dejar escapar la herramienta de Marc, mientras este a su vez lamía el capullo redondo y brillante que surgió bajo el prepucio. Buscó los huevos grandes y maleables y los masajeó en su bolsa.

Aventuró un dedo más abajo y entre una maraña de pelo ensortijado localizó lo que buscaba. Se ensalivó los dedos y hundió uno de ellos para comprobar la permisividad de aquel ojete de marido heterosexual. Un gruñido a su espalda le sugirió delicadeza. Escupió en el agujero y volvió a probar con más tacto. Entró la primera falange y esta vez escuchó un gemido de placer. Empujó más y el gemido se intensificó. Probó con un segundo dedo y poco a poco fue entrando también. Aquel ojete estaba hecho para ser follado, y de un empellón metió los dos dedos completos mientras clavaba la polla hasta el fondo en la garganta del osazo, que gemía y se estremecía agarrando las nalgas de Marc y atrayéndolas contra su cara.

El momento había llegado y Marc se dispuso a tomar posiciones para reventar aquel agujero de una vez por todas. Pero cuando se dio la vuelta y se colocó entre las piernas gruesas y peludas de aquel hombre, cuando ya se disponía a alzar los tobillos hasta sus hombros para despejar el camino a su polla palpitante, de pronto se dio cuenta de que no estaban solos. A su alrededor, una decena de figuras desnudas, algunas de pie, otras tumbadas, contemplaban descaradamente sus evoluciones sexuales como si de un *peep show* se tratara. Marc se quedó petrificado. Vio a un gordito joven, rubísimo y lampiño,

rosado como un cerdito, manoseándose la polla de rodillas mientras un señor maduro, grueso pero compacto, le daba a mamar un rabo sorprendentemente enhiesto y venoso. Vio cómo un cincuentón gordito con bigote, uno de sus favoritos de la piscina, le guiñaba el ojo mientras se acercaba hasta él y, con un grácil giro sobre sí mismo, le ponía el culo ante la cara y se abría las nalgas con ambas manos dejando a la vista un ojete sonrosado y jugoso. Al otro lado, un anciano calvo y con cuerpo de forzudo retirado cubierto de vello blanco se dejaba caer a cuatro patas sobre la arena ofreciendo su retaguardia a quien quisiera tomarla, cosa que no tardó en suceder. Los gemidos y suspiros rebocaban entre las pendientes arenosas de aquella hondonada que de pronto se convirtió en el lugar de encuentro de todos los maridos insatisfechos y curiosos a los que Marc había deseado en secreto durante días.

Un gruñido impaciente le devolvió a la tarea que tenía entre manos. Ajustó las piernas sobre sus hombros, escupió en su capullo terso y anhelante y de un empellón le clavó la polla al osazo, quien soltó un grito de dolor que pronto se transformó en gemidos de placer al ritmo de los vaivenes de Marc. El ojete sonrosado seguía frente a sus ojos mendigando un poco de atención y, sin dejar de bombear, Marc hundió la cara

en él y hurgó con su lengua en el agujero, provocando agudos gemidos en su dueño. Masajeó los huevos carnosos que colgaban bajo el agujero y buscó entre sus pliegues, pero la picha del gordito bigotudo era apenas un trozo de carne inerte. Le empujó hasta hacerlo caer sobre la cara del otro, que se entregó a intentar resucitar aquel miembro desganado mientras seguía recibiendo las embestidas del ariete de Marc. Soltó las piernas del osazo y se concentró en el ojete que se acababa de comer. Mientras el de abajo seguía chupando, Marc obligó al del bigote a alzar la grupa y de un empellón brutal se abrió paso a través del agujero cuyos músculos había relajado con su hábil lengua. El marido bigotudo soltó un chillido casi femenino e hizo ademán de retirarse, pero Marc asíó sus amplias caderas con firmeza y volvió a embestir aún con más fuerza. El gordito no tenía escapatoria, porque en ese momento se colocaba delante de él el maduro del rabo venoso y se lo metía hasta la campanilla mientras se pellizcaba los pezones con fuerza. Alrededor, todos los demás estaban entregados a frenéticas y ruidosas prácticas sexuales que iban desde felaciones dobles hasta cadenas de folladores follados, y el olor a popper y el sonido de algunos azotes sobre la carne sudorosa despertaban en Marc toda la lascivia acumulada durante aquellos días de deseo reprimido.

Buscó un nuevo culo que desfondar y se encontró al cerdito rubio a cuatro patas mandando toda polla que se le ponía a tiro. Sin avisar y sin darle tiempo a reaccionar, le atravesó el agujero y embistió aquellas carnes rosadas que ondulaban con sus golpetazos. A su alrededor, parejas y grupos de todos los tamaños y colores se entregaban con deleite a las pasiones más lubricas. Marc se encontró con una polla turbante frente a su cara, miró hacia arriba y en lo alto de una abombada alfombra de vello canoso vio unos ojos suplicantes que le invitaban a jugar. Se la metió en la boca y sorbió con ganas, dejándose follar la garganta mientras seguía zumbando al cerdito sudoroso que no parecía querer que aquella polla saliese de su culo jamás.

En pleno fragor de la batalla, se detuvo un momento y miró a su alrededor. Vio la hondnada tapizada de cuerpos desnudos pegados unos a otros, una alfombra de carne en movimiento que no dejaba ver la arena, pieles de distintos tonos unidas por el sudor y el deseo en una especie de instalación artística, de *happening* clandestino, y su excitación se disparó más allá de los límites, y el erotismo se convirtió en otra cosa, en algo irracional y casi místico.

Aún se folló un par de culazos más, y cuando los gemidos a su alrededor fueron dando paso poco a poco a ruidosos estertores, cuando

las pollas empezaron a soltar disparos lechosos aquí y allá, cuando ya notaba bajo los huevos la llegada de su propio orgasmo, de pronto oyó un rugido sobrenatural, un bramido monstruoso que parecía llegar del cielo, como si un Godzilla enfurecido estuviera a punto de aplastar aquella hon-donada del pecado bajo su gigantesca pezuña.

Y entonces despertó. Y comprendió que el rugido monstruoso no era otra cosa que los estentóreos ronquidos de su marido al otro lado de la cama. Y sintió una profunda decepción, porque acababa de ser expulsado de una orgía épica para encontrarse de nuevo junto a Theodor, el de siempre, con ese cuerpo que conocía al milí-metro, objetivamente hermoso pero que había perdido con los años el componente de excitación de lo novedoso.

Marc tenía una erección casi dolorosa después del coitus interruptus. Necesitaba des-cargar todo aquel deseo acumulado, y sin pensár-selo dos veces se acercó a la espalda peluda de su marido y encaró el siempre receptivo agujero. Para su sorpresa, Theodor dio un respingo al sentir la presión en su retaguardia. Sin llegar a abrir los ojos, emitió un gruñido enojado e inconscientemente protegió su culo contra el colchón. Frustrado, a Marc no le quedó otra opción que aliviarse por sí mismo, pero mientras lo hacía, mientras se pajeaba frenéticamente para

correrse de una maldita vez, una idea demole-dora le asaltó en el último momento convirtiendo aquel orgasmo en uno de los más mediocres de su vida. Porque la realidad era innegable y devas-tadora: por mucho que se apiadase de ellos y de sus vidas, por mucho que los observase con displicente superioridad mientras ahogaban su frustración en alcohol junto a la piscina, la triste realidad era que Marc se había convertido en otro de aquellos maridos insatisfechos.

—¿Alguna vez has participado en una orgía?

—¿Qué entiendes tú por una orgía?

—Pues una sesión de sexo con muchos hombres. Digamos más de cinco.

—Mmmm... Sí, supongo que sí.

Apoltronados en sendas tumbonas junto a la piscina, con un mojito en la mano para sobrellevar los rigores del sol caribeño, Marc contemplaba sin mucha discreción las redonde-ces del marido con bigote con quien tan bien lo había pasado en su lúbrico sueño. Theodor leía ajeno a las miradas calenturrientas de su marido.

—¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada... ¿Tú participarías en una orgía conmigo?

—Contigo y con quién más?

—No sé... Con aquel señor del bigote, y aquel barbudo que le pone crema a su mujer, y ese jovencito rubio tan sonrosado...

—Con todos los maridos heteros del hotel, ¿no es eso?

—Bueno, nunca se sabe. La heterosexualidad puede ser una fase.

Theodor rompió a reír con estruendo. Algunas miradas se dirigieron hacia ellos.

—¿Estás intentando decirme algo, Marc?

—No... Bueno, sí. Después de lo de Fort Lauderdale está claro que tú y yo no estamos hechos para el poliamor ni para *throuples*. Nuestra relación no admite a nadie más, ¿estás de acuerdo?

—Completamente.

—Pero otra cosa es el sexo. Ambos hemos disfrutado de otros cuerpos y eso no solo no ha puesto en peligro nuestra relación sino que la ha fortalecido, ¿correcto?

—Supongo que sí.

—Pues algún día me gustaría ir más allá y participar en una orgía de verdad. ¿Te parece muy descabellado?

—Mmmm... En absoluto, es perfectamente comprensible.

—¿Tú participarías conmigo?

Theodor dejó el libro a un lado, giró su enorme corpachón para mirar a los ojos a su marido y dijo:

—Sabes que yo haría cualquier cosa que tú me pidieras.